



Taller de Letras

BOLETIN DE LOS DOCENTES Y ESTUDIANTES DE LETRAS DE LA UCA

N° 14

2 Octubre 1982.

En el mediodía cultural del sábado 2 de octubre tuvimos una actividad (comentario-recital poético-musical) dedicada a Pablo Neruda. René Morales leyó algunos poemas de Alturas de Macchu Picchu, de Los conquistadores y de La arena traicionada (en: Canto General I, Editorial Losada, S.A., Bs. As., 5a. edición, 1955): Rafael Rodríguez Díaz hizo el comentario; y el fondo musical corrió a cargo de Nelson Díaz y Ernesto Castellanos.

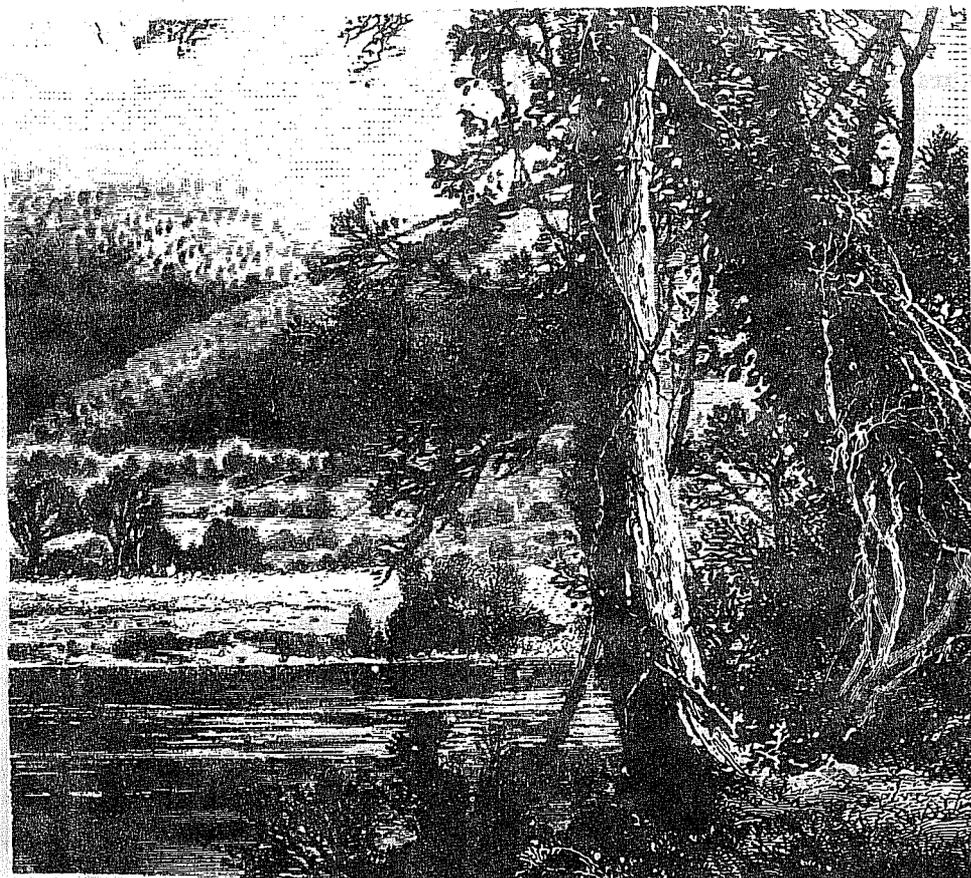
En lo sucesivo habremos de tener más de estas actividades dedicadas a poetas desaparecidos cuya obra merezca ser difundida. Próximamente dedicaremos una al poeta español Federico García Lorca, otra a Pedro Geoffroy Rivas, a Roque Dalton, etc.

Los propósitos que perseguimos con esta fórmula (comentario-recital poético-musical) son los siguientes:

- Dar a conocer poemas importantes de autores nacionales y extranjeros ya desaparecidos.
- Crear un clima propicio a la audición de la poesía, de modo que se vaya generalizando en la UCA el gusto por tal tipo de actividades.

El presente boletín recoge el material utilizado en ese mediodía cultural.

RECITAL DELICADO A PABLO NERUDA



Hem.

PQ
7081
.A1
T147
SLV
Ej. 1
N° 14

BIBLIOTECA FLORENTINO IDOATE

HEMEROTECA

UNIVERSIDAD CENTROAMERICANA
"JOSE SIMEON CAÑAS"

24 JUL 1997

Pablo Neruda es un poeta americano en el sentido más profundo de la palabra. Y lo es porque desde niño la vida americana le fue penetrando - por cada uno de los sentidos, por los poros hasta convertirse en torrente sanguíneo, en linfa, en materia ósea... en su segunda carne.

La vida americana fue penetrando en el ánimo del poeta como fenómeno natural (con su variación de colores y de formas, con su sucederse de cataclismos y remansos) y como fenómeno histórico-cultural (con sus héroes y sus traidores, con sus grandes y pequeños sucesos: tal como se configura la vida histórica de nuestras naciones americanas).

Esta actitud abierta ante la más mínima vibración del paisaje y de la historia llevó a Neruda a operar una inmersión cada vez más profunda en las raíces de la realidad. Así es como llegó a tocar fondo. Y se dio cuenta de que debajo de la piel de cada cosa, debajo de la piel de todo lo que existe hay un material informe, un magma donde se cuecen, como en un gran caldero, las rocas, las semillas y todas las formas previas de la vida.

Neruda contactó con la fuente germinal de todo lo que existe. Y de su incursión hasta las entrañas de la tierra nos ha traído la confesión de que se trata de un ser mitad dios-mitad demonio, un ser que al mismo tiempo nos fascina y nos atemoriza. Porque es como un volcán en erupción: la belleza de la lava saltando por los aires, deslizándose por las laderas es algo que embruja, que deja hipnotizado al que contempla. Pero también se trata de un verdugo implacable que barre y derrite todo lo que encuentra a su paso.

Las Fuerzas Naturales desatadas -el volcán, los terremotos, los huracanes- fueron para los hombres primitivos esos dioses terribles que los encandilaban pero que también los aterrorizaban. De ahí que los ritos, las fórmulas de conjuro o de exorcismo desempeñaran un papel tan vital en esas sociedades: ponían en contacto con la Fuente de la Vida, fuerza terrible porque para poder continuar proliferando, necesitaba también destruir y matar.

La manera de comunicarse con esas oscuras fuerzas era, pues, mediante fórmulas mágicas, incantatorias, litánicas. Y eso que para el hombre primitivo implicaba una sumisión y una aceptación inapelables, para Neruda se convierte en casi una petición de cuentas. ¿Por qué tiene que ser así la dinámica de la realidad? ¿Por qué debajo de cada piedra amontonada para formar una muralla hay toda una historia de sangre que la recorre como una savia terrible? ¿Por qué en América han proliferado los saurios, los verdugos, las botas militares? ¿Por qué tiene que ser casi un designio maldito que el poeta tome su inspiración de los sufrimientos de sus hermanos presentes y conocidos, y de sus hermanos pasados y sin rostro?

Ese dolor es el que se transpira en los poemas que ahora se van a leer de Neruda. Alturas de Macchu Picchu quiere ser una fórmula de conjuro para hacer surgir a la vida efímera del poema esos dolores enterrados que están sustentando como una argamaza milenaria todas las construcciones de uno de los últimos reductos del Imperio Inca...

Adentrémonos a esta experiencia como quien penetra a un santuario: con un profundo respeto por las emociones suscitadas en el ámbito de la audición poética. Con ello quizás podamos empezar a andar el re-encuentro con las raíces de nuestra historia y de nuestra vida americana...



Aem
PQ
7081
A 1
T 147
SLV

3

R 57 396
n=14
Ej. 1

IX

Águila sideral, viña de bruma.
Bastión perdido, cimitarra ciega.
Cinturón estrellado, pan solemne.
Escala torrencial, párpado inmenso.
Túnica triangular, polen de piedra.
Lámpara de granito, pan de piedra.
Serpiente mineral, rosa de piedra.
Nave enterrada, manantial de piedra.
Caballo de la luna, luz de piedra.
Escuadra equinoccial, vapor de piedra.
Geometría final, libro de piedra.
Témpano entre las ráfagas labrado.
Madrépora del tiempo sumergido.
Muralla por los dedos suavizada.
Techumbre por las plumas combatida.
Ramos de espejo, bases de tormenta.
Tronos volcados por la enredadera.
Régimen de la garra encarnizada.
Vendaval sostenido en la vertiente.
Inmóvil catarata de turquesa.
Campana patriarcal de los dormidos.
Argolla de las nieves dominadas.
Hierro acostado sobre sus estatuas.
Inaccesible temporal cerrado.
Manos de puma, roca sanguinaria.

Torre sombrera, discusión de nieve.
Noche elevada en dedos y raíces.
Ventanas de las nieblas, paloma endurecida.
Planta nocturna, estatua de los truenos.
Cordillera esencial, techó marino.
Arquitectura de águilas perdidas.
Cuerda del cielo, abeja de la altura.
Nivel sangriento, estrella construida.
Burbuja mineral, luna de cuarzo.
Serpiente andina, frente de amaranto.
Cúpula del silencio, patria pura.
Novia del mar, árbol de catedrales.
Ramo de sal, cerezo de alas negras.
Dentadura nevada, trueno frío.
Luna arañada, piedra amenazante.
Cabellera del frío, acción del aire.
Volcán de manos, catarata oscura.
Ola de plata, dirección del tiempo.

X

Piedra en la piedra, el hombre, dónde estuvo?
Aire en el aire, el hombre, dónde estuvo?
Tiempo en el tiempo, el hombre, dónde estuvo?
Fuiste también el pedacito roto
del hombre inconcluso, de águila vacía
que por las calles de hoy, que por las huellas,
que por las hojas del otoño muerto
ya machacando el alma hasta la tumba?
La pobre mano, el pie, la pobre vida...
Los días de la luz deshilachada
en ti, como la lluvia
sobre las banderillas de la fiesta,
dieron pétalo a pétalo de su alimento oscuro
en la boca vacía?

Hambre, coral del hombre,
 hambre, planta secreta, raíz de los leñadores,
 hambre, subió tu raya de arrecife
 hasta estas altas torres desprendidas?

Yo te interrogo, sal de los caminos,
 muéstrame la cuchara, déjame, arquitectura,
 roer con un palito los estambres de piedra,
 subir todos los escalones del aire hasta el vacío,
 rascar la entraña hasta tocar el hombre.

Macchu Picchu, pusiste
 Piedras en la piedra, y en la base, harapo?
 Carbón sobre carbón, y en el fondo la lágrima?
 Fuego en el oro, y en él, temblando el rojo
 goterón de la sangre?
 Devuélveme el esclavo que enterraste!
 Sacude de las tierras el pan duro
 del miserable, muéstrame los vestidos
 del siervo y su ventana.
 Dime cómo durmió cuando vivía.
 Dime si fue su sueño
 ronco, entreabierto, como un hoyo negro
 hecho por la fatiga sobre el muro.
 El muro, el muro! Si sobre su sueño
 gravitó cada piso de piedra, y si cayó bajo ella
 como bajo una luna, con el sueño!
 Antigua América, novia sumergida,
 también tus dedos,
 al salir de la selva hacia el alto vacío de los dioses,
 bajo los estandartes nupciales de la luz y el decoro.
 mezclándose al trueno de los tambores y de las lanzas,
 también, también tus dedos,
 los que la rosa abstracta y la línea del frío, los
 que el pecho sangriento del nuevo cereal trasladaron
 hasta la tela de materia radiante, hasta las duras
 cavidades,
 también, también, América enterrada, guardaste en lo
 más bajo,
 en el amargo intestino, como un águila, el hambre?

XII

Sube a nacer conmigo, hermano.
 Dame la mano desde la profunda
 zona de tu dolor diseminado.
 No volverás del fondo de las rocas.
 No volverás del tiempo subterráneo.
 No volverá tu voz endurecida.
 No volverán tus ojos taladrados.
 Mírame desde el fondo de la tierra,
 labrador, tejedor, pastor callado:
 domador de guanacos tutelares:
 albañil del andamio desafiado:
 aguador de las lágrimas andinas:
 joyero de los dedos machacados:
 agricultor temblando en la semilla:
 alfarero en tu greda derramado:
 traed a la copa de esta nueva vida
 vuestros viejos dolores enterrados.
 Mostradme vuestra sangre y vuestro surco,
 decidme: aquí fui castigado,

porque la joya no brilló o la tierra
 no entregó a tiempo la piedra o el grano:
 señaladme la piedra en que caísteis
 y la madera en que os crucificaron,
 encendedme los viejos pedernales,
 las viejas lámparas, los látigos pegados
 a través de los siglos en las llagas
 y las hachas de brillo ensangrentado.
 Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta.
 A través de la tierra juntad todos
 los silenciosos labios derramados
 y desde el fondo habládme toda esta larga noche,
 como si yo estuviera con vosotros anclado,
 contadme todo, cadena a cadena,
 eslabón a eslabón, y paso a paso,
 afilad los cuchillos que guardasteis,
 ponedlos en mi pecho y en mi mano,
 como un río de rayos amarillos,
 como un río de tigres enterrados,
 y dejadme llorar, horas, días, años,
 edades ciegas, siglos estelares.

Dadme la lucha, el hierro, los volcanes.

Apegadme los cuerpos como imanes.

Acudid a mis venas y a mi boca.

Hablad por mis palabras y mi sangre.

La realidad americana es una realidad profundamente herida sobre todo por las injusticias de los hombres. Esos hombres -intrusos unos; nacidos de su seno, otros- han desatado unas fuerzas infernales que han devenido, a postre, más destructoras que las mismas hacatombes naturales. La palabra de Neruda va dibujando-desnudando, más bien- en toda su crudeza la barbarie, la impiedad sádica de estos seres terribles que reclaman pleistesía, que exigen tributos de bienes y de vidas humanas. Entonces, la palabra se va tornando más amenazante, más condenatoria. Y lo que por momentos languidece como un lamento interminable se anima de pronto para exórcizar, para maldecir con toda la fuerza de un rencor acumulado por milenios:

¡Malditos por siempre los que matan la vida americana cuando apenas empieza a surgir como un brotón distinto! A esa vida la combaten como si fuera planta foránea, mala hierba. ¡Malditos porque su ceguera les impide ver los matapalos que les han ahogado desde hace tiempo sus cortezas, sus ramas y sus hojas! Si respiran esos espurios arbustos espinosos es porque tienen hojas que nunca han sido suyas. Sus jugos han hecho crecer a ese monstruo parasitario que ahora les permite migajas de vida como si fuera el don máspreciado de los dioses. Y a él acatan, le aplauden y le adoran. Y él los hunde cada vez más profundo en el limo maloliente: en ese cieno que, sin saberlo, se va convirtiendo, más tarde o más temprano, en humus, en nutriente necesario para que surjan plantas, flores y frutos que inauguren otro ciclo completo, pletórico de vida. Porque la existencia americana continuará a pesar de los intentos castradores de los capacitaces. Pero eso no lo sospechan ni el parásito monstruoso ni el huésped famélico. La maldición también incluye esa ignorancia.

Todo eso suena cuando Neruda lanza relampagueante el verbo. Por él habla la ira. La lengua se enrosca para buscar vocablos, para ponerle nombres a las eras, a los ciclos. Y todo indicaría que el poeta acepta sumiso - el cumplimiento de los mitos. Y que en esa ciega repetición de hechos es donde radica la esperanza de un amanecer distinto. Pero la insistencia de Neruda es en el hombre, y en su poder de transformar la historia. Fueron seres humanos los que abatieron a los que parecían eternos vencedores. Y serán seres humanos los que abran la puerta a nuevos vientos y a nuevas -

Nov. 1999

tempestades. La visión apocalíptica de los buitres repartiéndose el festín canibalesco no es la última palabra de la Tierra-América a través de los labios de Neruda. En el fondo del prolongado lamento se adivina el poder transformador del sufrimiento. Ese impulso, ese elan, es tan viejo como la misma tierra...

XXI

Valdivia
(1455)

Pero volvieron.

(Pedro se llamaba.)

Valdivia, el capitán intruso,
cortó mi tierra con la espada
entre ladrones: "Esto es tuyo,
esto es tuyo Valdés, Montero,
esto es tuyo Inés, este sitio
es el cabildo."

Dividieron mi patria
como si fuera un asno muerto.

"Llévate
este trozo de luna y arboleda,
devórate este río con crepúsculo",
mientras la gran cordillera
elevaba bronce y blancura.

Asonó Arauco, Adobes, torres,
calles, el silencioso
dueño de casa levantó sonriendo.
Trabajó con las manos empapadas
por su agua y su barro, trajo

la greda y vertió el agua andina:
pero no pudo ser esclavo.

Entonces Valdivia, el verdugo,
atacó a fuego y a muerte.

Así empezó la sangre,
la sangre de tres siglos, la sangre océano,
la sangre atmósfera que cubrió mi tierra
y el tiempo inmenso, como ninguna guerra.

Salió el buitre iracundo
de la armadura enlutada
y mordió al promauca, rompió
el pacto escrito en el silencio
de Huelén, en el aire andino.
Arauco comenzó a hervir su plato
de sangre y piedras.

Siete príncipes
vinieron a parlamentar.

Fueron encerrados.

Frente a los ojos de la Araucanía,
cortaron las cabezas cacicales.
Se daban ánimo los verdugos. Toda
empañada de vísceras, aullando,
Inés de Suárez, la soldadera,
sujetaba los cuellos imperiales
con sus rodillas de infernal harpía.
Y las tiró sobre la empalizada,
bañándose de sangre noble,
cubriéndose de barro escarlata.
Así creyeron dominar Arauco.
Pero aquí la unidad sombría
de árbol y piedra, lanza y rostro,
trasmitió el crimen en el viento.
Lo supo el árbol fronterizo,

el pescador, el rey, el mago,
lo supo el labrador antártico,
lo supieron las aguas madres
del Bío-Bío.

Así nació la guerra patria.
Valdivia entró la lanza goteante
en las entrañas pedregosas
de Arauco, hundió la mano
en el latido, apretó los dedos
sobre el corazón araucano,
derramó las venas silvestres
de los labriegos,
exterminó
el amanecer pastoril,
mandó martirio
al reino del bosque, incendió
la casa del dueño del bosque,
cortó las manos del cacique,
devolvió a los prisioneros
con narices y orejas cortadas,
empaló al Toqui, asesinó
a la muchacha guerrillera
y con su guante ensangrentado
marcó las piedras de la patria,
dejándola llena de muertos,
y soledad y cicatrices.

LOS
INDIOS

El indio huyó desde su piel al fondo
de antigua inmensidad de donde un día
subió como las islas: derrotado,
se transformó en atmósfera invisible,
se fue abriendo en la tierra, derramando
su secreta señal sobre la arena.

El que gastó la luna, el que peinaba
la misteriosa soledad del mundo,
el que no transcurrió sin levantarse
en altas piedras de aire coronadas,
el que duró como la luz celeste
bajo la magnitud de su arboleda,
se gastó de repente hasta ser hilo,
se convirtió en arrugas,
desmenuzó sus torres torrenciales
y recibió su paquete de harapos.

Yo le vi en las alturas imantadas
de Amatitlán, royendo las orillas
del agua impenetrable: anduve un día
sobre la majestad abrumadora
del monte boliviano, con sus restos
de pájaro y raíz.

Yo vi llorar
a mi hermano de loca poesía,
Alberti, en los recintos araucanos,
cuando lo rodearon como a Ercilla
y eran, en vez de aquellos dioses rojos,
una cadena cárdena de muertos.

Más lejos, en la red de agua salvaje
de la Tierra del Fuego,
los vi subir, oh lobos, desgredados,
a las piraguas rotas,
a mendigar el pan en el Océano.

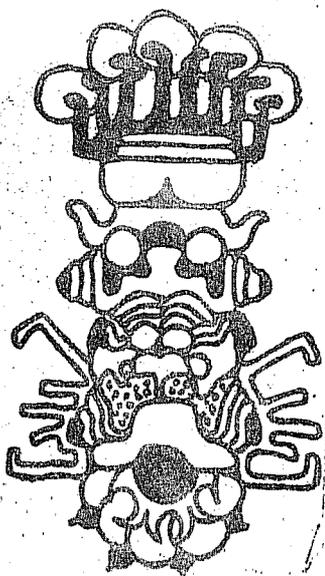


Allí fueron matando cada fibra
de sus desérticos dominios,
y el cazador de indios recibía
sucios billetes por traer cabezas,
de los dueños del aire, de los reyes
de la nevada soledad antártica.

Los que pagaron crímenes se sientan
hoy en el Parlamento, matriculan
sus matrimonios en las Presidencias,
viven con Cardenales y Gerentes,
y sobre la garganta acuchillada
de los dueños del Sur crecen las flores.

Ya de la Araucanía los penachos
fueron desbaratados por el vino,
raídos por la pulpería,
ennegrecidos por los abogados
al servicio del robo de su reino,
y a los que fusilaron a la tierra,
a los que en los caminos defendidos
por el gladiador deslumbrante
de nuestra propia orilla
entraron disperando y negociando,
llamaron "Pacificadores"
y les multiplicaron charreteras.

Así perdió sin ver, así invisible
fue para el indio el desmoronamiento
de su heredad: no vio los estandartes,
no echó a rodar la flecha ensangrentada,
sino que lo royeron, poco a poco,
maqistrados, rateros, hacendados,
todos tomaron su imperial dulzura,
todos se le enredaron en la manta
hasta que lo tiraron desangrándose
a las últimas ciénagas de América.



Y de las verdes láminas, del cielo
innumerable y puro del follaje,
de la inmortal morada construida
con pétalos pesados de granito,
fue conducido a la cabaña rota,
al árido albañal de la miseria.
De la fulguradora desnudez,
dorados pechos, pálida cintura,
o de los ornamentos minerales
que unieron a su piel todo el rocío,
lo llevaron al hilo del andrajo,
le repartieron pantalones muertos
y así paseó su majestad parchada
por el aire del mundo que fue suyo.

Así fue cometido este tormento.

El hecho fue invisible como entrada
de traidor, como impalpable cáncer,
hasta que fue agobiado nuestro padre,
hasta que le enseñaron a fantasma
y entró a la única puerta que le abrieron,
la puerta de otros pobres, la de todos
los azotados pobres de la tierra.

